Domingo 12 de Julio '33

El Presidente y don Fidel

Miguel Angel Granados Chapa

Socarronamente, el secretario general de la Confederación de Trabajadores de México, que tenía ya programado el viaje a Oslo al que partió el sábado, negó que la reprimenda presidencial del jueves 9 lo tuviera a él por destinatario. No se puso el saco, aunque sea inequívoco que la sastrería del Ejecutivo lo confeccionó especialmente a la medida del viejo líder cetemista.

Cuando el presidente De la Madrid descalificó a quienes propusieron la congelación de precios y salarios (y nadie sino Fidel Velázquez lo había hecho) con duros adjetivos, hizo un anuncio de política económica y otro de política a secas. El primero ratifica la terrible tesis del realismo. Se trata de acabar con la inflación al precio que sea, y de los dos modos clásicos, incrementar la producción o abatir la demanda, el gobierno ha optado por el segundo. Aunque parezca paradójico, permitir que suban los precios (y las palabras presidenciales, contrarias a la congelación, son como una licencia para matar pues la lógica mercantil ordenará a todos precaverse contra las alzas así autorizadas), y crezcan poco y tarde los salarios, hará que la inflación sea, quizá controlada, pero de seguro los costos sociales son y serán altísimos.

El anuncio de política es la reformulación de las relaciones entre la CTM y el gobierno. El discurso de Guadalajara es sólo parte de un reordenamiento en la manera en que hasta aho-

ra se han ensamblado la principal agrupación obrera mexicana y el gobierno nacional. Hace unos meses, el secretario del Trabajo se dejó llevar, en apariencia, por el entusiasmo que respecto de su persona manifestaron los líderes de la CROC al inaugurar su congreso, y declaró a esa central como la vanguardia del movimiento obrero. Ahora se ve que no se trató de un gazapo, sino de fijar la litis, como corresponde a un profesor de derecho procesal, primera vocación del abogado Farrell. De ellos se siguieron consecuencias en el Congreso del Trabajo, del que puede afirmarse sin exageración que, al menos provisionalmente, ha quedado desmantelado. Surgieron en su interior diversas corrientes, notablemente encabezadas por la CROC y la CTM respecto de los incrementos salariales de emergencia. La CROC ratificó su vocación patronalista y no emplazó a ninguna huelga. La CTM en cambio patrocinó una retórica distinta. Llevó adelante los emplazamientos, y si bien sus grandes sindicatos prorrogaron para nunca, y no se presentó el abultado número de demandas

que la propia central cacareó, lo cierto es que objetivamente quedó enfrentada a la política salarial del gobierno. Tanto fue así que ni siquiera la salida medianamente decorosa que en segunda instancia halló Fidel Velázquez (los pactos de solidaridad que incluían congelación de precios y salarios) para no chocar tan de frente con las autoridades, le fueron rehusados del modo tajante e inequívoco en que lo hizo el Presidente en Guadalajara.

Pecaría de exageración y apresuramiento quien quisiera entonar la letanía fúnebre por la CTM. Aunque el Presidente Cárdenas impulsó su nacimiento en 1936, el surgimiento de una agrupación social con la fuerza que la CTM ha llegado a tener no se consigue por decreto presidencial. Por la misma razón, su muerte no es posible por una causa análoga. Pero un hecho parece no tener sino una interpretación: la hegemonía cetemista en el Congreso del Trabajo ha desaparecido; por lo menos en la presente coyuntura, no existe más. Y eso no es un fenómeno menor, ni lo es tampoco la

súbita beligerancia contra la CTM que ha surgido en lo que aún resta del Congreso.

¿Qué significa este comportamiento gubernamental, y su preferencia por la CROC, en caso de que ésta alternativa se desarrolle? Esta central se planteó, desde su nacimiento, ciertamente como una opción frente a la CTM ya claramente charrificada por el alemanismo. Su sistema de gobierno interior, perdido hace pocos años, indicaba una voluntad contraria al liderazgo personalizado, pues su secretario general era parte de un comité cuyos miembros ocupaban aquel cargo rotatoriamente. Pero hoy ha perdido ese aliento democrático y hasta densidad en la vida social mexicana, pues la mayor parte de sus efectivos trabajan en servicios, allí donde la creación de una conciencia de clase es menos perceptible que en la industria y más difícil de suscitar.

La CTM ha sido un obstáculo al desarrollo del movimiento obrero. Su posición en esta última hora muestra claramente que su retórica está hueca. Nadie lamentará su debilitamiento... excepto si de ellos se sigue, comparece, una vigorización de las tendencias antipopulares que prevalecen en la orientación del gobierno. Como grupo que quiera imponer su interés al de la nación, bien que se le bajen los humos a la CTM. Pero mal si ello es pretexto para que otros grupos, de naturaleza mayormente contraria a la nación, hacen prevalecer su presencia.